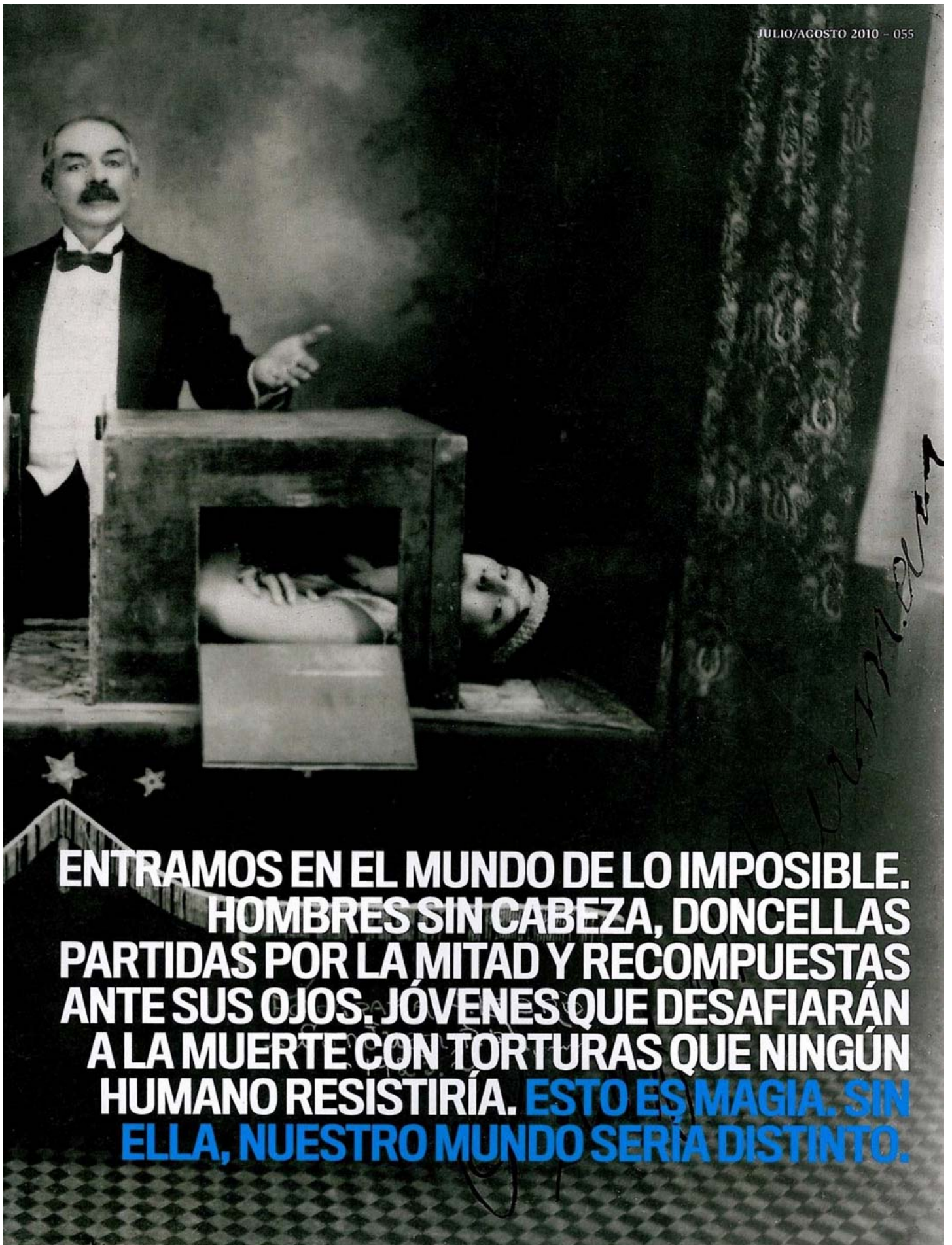


JULIO/AGOSTO 2010 - 055



**ENTRAMOS EN EL MUNDO DE LO IMPOSIBLE.
HOMBRES SIN CABEZA, DONCELLAS
PARTIDAS POR LA MITAD Y RECOMPUESTAS
ANTE SUS OJOS. JÓVENES QUE DESAFIARÁN
A LA MUERTE CON TORTURAS QUE NINGÚN
HUMANO RESISTIRÍA. ESTO ES MAGIA. SIN
ELLA, NUESTRO MUNDO SERÍA DISTINTO.**

F

Finales del siglo XIX, Argelia. Una compañía de la Legión extranjera francesa se adentra en La Kabila, la región más dura e indómita del país. Deben cumplir una misión especial para la que difícilmente está preparada esa tropa violenta, sedienta de sangre y sin escrúpulos. Sin disparar un solo tiro, tienen que dominar a las tribus kabileñas que se resisten al yugo francés que ya domina Argelia. Con ellos viaja un hombre muy especial, clave en su misión. Es un francés que ha sido relojero, conoce al Papa y ha viajado por toda Europa. Tras una serie de encuentros con los jeques locales, los mandos de los legionarios preparan una cita entre el líder religioso de la zona y ese misterioso personaje. Se retan a un duelo con pistolas de chispa. El árabe disparará primero a 15 pasos; la segunda bala saldrá del arma del relojero galo... si sigue vivo. El desafío tiene lugar en una aldea de casas enca-ladas. La hora es el amanecer y el sol se refleja en las paredes blancas. El imán carga las dos armas y dispara primero, convencido de que acabará con la vida del infiel. Abre fuego pero su rival ni se inmuta. Sonríe y muestra entre sus dientes la bola de plomo que debería haberle ma-tado. La escupe al polvo del suelo. Es su turno. Levanta su pistola pero no apunta al árabe. Dispara a la pared blanca de una de las casas. Del lugar del impacto, surge una gran mancha de sangre. Los kabileños, atónitos, se rinden ante semejante prodigio.

El misterioso francés es Henry Houdin, padre de la magia moderna, y esta historia, que procede de su biografía, es el mejor ejemplo



Magos como Houdin, Thurston o Kellar sacaron el ilusionismo de las ferias y lo llevaron a los teatros y lo rodearon de lujo y misterio

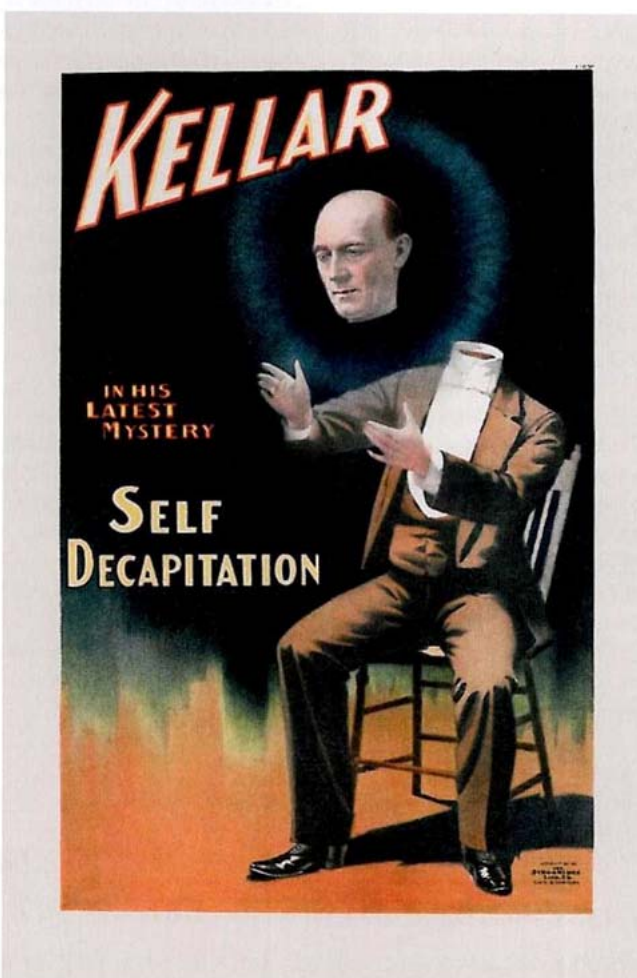
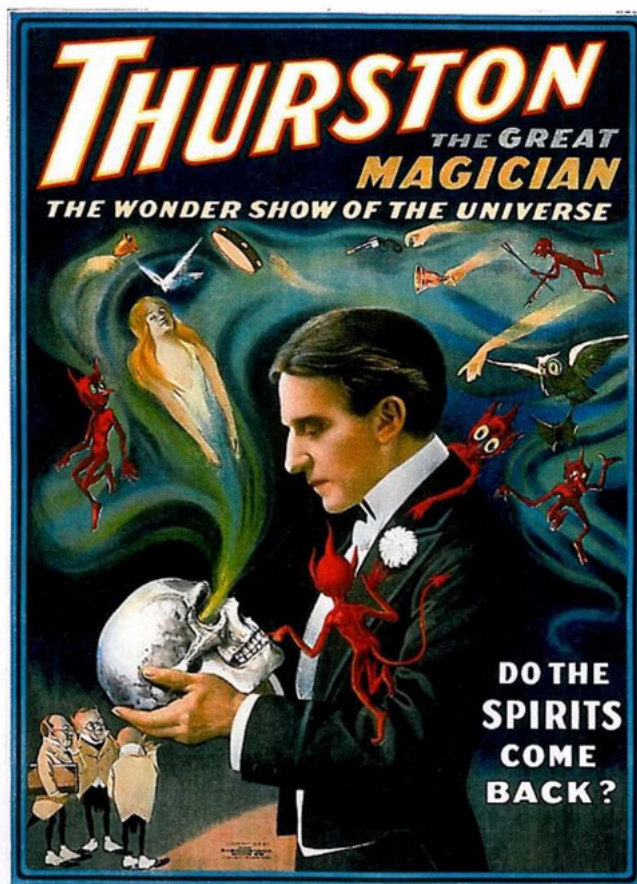
del poder que tenía el ilusionismo a finales del siglo XIX, la época dorada de este arte. El libro de Taschen *Magic 1400-1950* es el resumen perfecto de un periodo histórico en el que la prestidigitación realizada en los grandes escenarios era un rito de consumo masivo y provocaba unas emociones que pocas artes escénicas han conseguido trasladar al público. Como Houdin demostró aquella mañana en Argelia, el guión de aquella magia estaba escrito con la vida y la muerte, con actos imposibles y milagros diabólicos, con demostraciones que se burlaban de la ciencia y de lo establecido. Era el misterio que se podía tocar. Años más tarde, el cine y la televisión enterrarían ese mundo. Le proporcionaban al público similares emociones y a un precio más asequible.

Trileros de la alta sociedad. El desafío de Houdin en La Kabila está considerado el paradigma de esa gran magia del siglo XIX, una lección clave de lo que supone la teoría del ilusionismo. Si el mago francés se hubiera conformado con parar con los dientes una bala disparada por un legionario, el acto podría haber parecido interesante a los kabileños. Pero poco más. Introduciendo al imán en el desafío, Houdin lo convirtió en un drama épico –Oriente contra Occidente, el Islam contra el Cristianismo– que todo el público de aquella aldea podía entender a la perfección. Houdin, además, no se limitó a escupir la bala al suelo. La segunda parte de su efecto –el disparo a la pared que se convierte en una mancha de sangre– es un Everest de la magia visual. El público ya no sólo ve a un hombre invencible, también a un ser capaz de hacer algo imposible que lo relaciona con espíritus, con el más allá, con un mundo invisible. El poder de esa imagen es absoluto.

Los carteles de espectáculos mágicos recogidos en *Magic 1400-1950* son un recordatorio de ese tipo de actuaciones. Hombres sin cabeza, mujeres partidas por la mitad, espíritus que surgen de la nada, demonios que susurran al oído. La iconografía debería ayudar a entender el contexto en el que se desarrollaban esos espectáculos, en cierta forma, precedente de la sociedad del ocio en la que hoy vivimos. Tenían como público una sociedad estable, sin las sacudidas que vendrían tras la I Guerra Mundial. La misa de los domingos era uno de los principales rituales que consolidaban la tribu. El acceso a la información que existe hoy en día era impensable. La cultura era un mundo al que no tenía acceso todo el mundo, existía un alto porcentaje de analfabetismo y la ciencia se encontraba en mantillas. Era una promesa de un mundo feliz y perfecto. Los magos como Houdin –y más tarde Thurston o Kellar– habían sacado el ilusionismo de las ferias y lo habían llevado a los teatros. Ya no se trataba de trucos de buhoneros o maestros del trile. Los magos vestían de chaqué y se presentaban como miembros de la alta sociedad. Su capacidad de maravillar era infinita, no solo por sus habilidades sino porque habían interpretado perfectamente lo que la sociedad quería. Y se lo proporcionaban rodeados de lujo y misterio.

Entonces apareció Houdini. Su verdadero nombre: Erich Weiss. Era un judío húngaro de azarosa vida. Comenzó siendo un prestidigitador del naípe sin demasiado futuro en ese campo. Según la leyenda, estaba en la miseria y sin perspectivas de encontrar trabajo cuando se quedó atrapado en una estación de tren. Sin dinero para el billete, se le ocurrió una idea. Buscó unas esposas de su equipo de mago y se encadenó a los raíles de la vía. Su intención era asustar al maquinista para que se apiadase de él y le aceptase como pasajero, pero no llegó a poner a prueba el alma del conductor del tren. Otro pasajero que se encontraba en el andén se asustó tanto que le pagó el billete. Houdini descubrió el asombroso poder que concede jugar con la muerte.

Sus trucos de escapista dieron la vuelta al mundo. Entre ellos, la celda china de tortura, una enorme caja de cristal llena de agua en la que se sumergía con el cuerpo envuelto en cadenas y candados. O el cántaro de leche: se introducía en una gran tinaja, también repleta de líquido, que era sellada con cuatro cerraduras; apenas tenía unos minutos para escapar antes de morir ahogado. O las camisas de fuerza en las que quedaba atrapado... colgado debajo de una grúa en Times Square. El público asistía mudo a un número en el que el artista po-



058 - MAN - MUNDO MÁGICO

día fallecer ante sus ojos. Pagaban para verle a punto de morir. La gente vaciaba sus bolsillos para asistir a su agonía. En ese punto, el mago húngaro nacionalizado estadounidense era el maestro. La mercadotecnia que hoy en día rodea al mundo del espectáculo es heredera de los números que montaba para atraer espectadores a sus salas. Se lanzaba desde puentes al agua helada, se arrojaba por las cataratas del Niágara, dejaba que lo encerrasen en la cárcel más segura de cada país que visitaba. Miles de personas podían ver esos momentos de su magia, que se convertían al instante en portadas de periódico. En una época en la que no existía ni la televisión, ni la radio ni Internet, demostró una capacidad admirable para conseguir que todo el orbe oyera hablar de sus hazañas.

Un puñetazo al sistema. Pero la figura de este mago tenía más matices. El psiquiatra Adam Phillips, en su ensayo *La caja de Houdini*, analiza una de las claves del éxito de su figura. Houdini era casi un pionero del punk. El mensaje escondido en sus actuaciones encerraba un puñetazo al sistema. El mago demostraba cada día que los grilletes de los policías, los calabozos de las comisarías, las celdas de las prisiones eran débiles. Sus números de escapismo transmitían a la sociedad que uno de los símbolos de la autoridad –su posibilidad de anular la libertad de un ciudadano– no era fiable. Así que la autoridad era débil. De esta forma, el fondo de sus números de magia servía para sembrar en la mente del público la duda sobre la capacidad de las instituciones para controlar a los delincuentes. Detrás de ello, lo que había era miedo. Houdini falleció de la forma más estúpida. Él, que había estado al borde de la muerte miles de veces, aceptó el desafío de un admirador que lo retó a aguantar varios puñetazos en el estómago. Para el mago se trataba, en principio, de una apuesta sencilla. Pero los golpes le provocaron una peritonitis que, unos días más tarde, le llevó a la tumba. Con él se fue una leyenda que había sido amigo de Arthur Conan Doyle y de H.P. Lovecraft –con quien llegó a escribir un cuento–, un pionero del cine y de la aviación, un mago que inició una cruzada que aún perdura contra la superstición, los espiritistas y los astrólogos. Porque todo en él es irreplicable.

Para encontrar un efecto similar a los de Houdini hay que adelantarse varios años en el tiempo y llegar a uno de los asesores del libro de Taschen: el mago estadounidense Jim Steinmeyer. Steinmeyer apenas actúa. No es un hombre de espectáculo. Su rostro es desconocido para el gran público. Pero su mente ha creado los números más sorprendentes de la magia moderna y la práctica totalidad de los musicales u obras de teatro que se exhiben en Las Vegas, Londres o Broadway tienen algo de su talento, siempre que necesiten que haya magia. Mary Poppins vuela gracias a él. La Bestia se convierte en el príncipe tal y como Steinmeyer lo ha diseñado. Su número mítico es la desaparición de la Estatua de la Libertad. Incluso quienes no han visto ese espectáculo hablan de él y hoy en día se considera el paradigma de la magia moderna, una frontera difícil de traspasar. El “aún más difícil todavía” elevado al cubo.

Steinmeyer diseñó este efecto para que David Copperfield lo realizara en televisión en 1983 y fue un éxito inmediato. Pese a ser uno de los números de ilusionismo más vistos del mundo, su secreto sigue siendo indescifrable. Tanto Steinmeyer como Copperfield se han negado a desvelar, ni siquiera a otros magos, qué sistema emplearon para que una estatua de 92,9 metros de altura y 26.656 toneladas de peso se des-

vaneciera ante los ojos del público. Steinmeyer sólo ha contado una anécdota colateral de esa desaparición: Copperfield se la jugó y le pagó una cifra ridícula por un efecto mítico que hoy valdría millones de dólares. Con ese exiguo salario se compró un reloj para acordarse del futuro novio de la modelo Claudia Schiffer cada vez que mirase la hora. Esa venganza es todo lo que se sabe del número de ilusionismo más importante de las últimas décadas. Todo lo demás es secreto.

El secreto... En la magia hay saberes ocultos. No se trata sólo de mantener al profano en la ignorancia para evitar que, al conocer el método que se emplea para un efecto mágico, pierda la ilusión. El interrogante continuo, en este sentido, es uno de los atractivos del ilusionismo. Como dice el mago argentino René Lavand, el público siempre busca los hilos de las marionetas. Pero también existe otro secreto interno, el de los magos que ocultan su sabiduría ante la competencia. Es decir, el de los magos que quieren mantener alto el listón de sus números de tal forma que ningún rival puede copiar ni repetir ante el público una de sus actuaciones.

Y existe un tercer secreto. El verdadero. El enigma supremo. Muchos de los grandes magos que aparecen en *Magic 1400-1950* dedicaron una parte de sus vidas a desvelar uno de los efectos más mágicos que jamás se han descrito y que, hoy en día, se encuentra más cerca del mito que de la realidad. La Meca de la magia: La soga hindú. En 1890, un periodista norteamericano relató en un reportaje publicado en *The Chicago Tribune* un número que, al parecer, había visto en las calles de la India. Un ilusionista callejero dejaba una cuerda enrollada en medio de la calle. La soga, por efecto de sus artes, se elevaba en la vertical hasta solidificarse como si se tratase de una barra. Entonces, un niño, el ayudante de prestidigitador, trepaba por ese palo y, al llegar al extremo superior, desaparecía en el aire. La soga hindú se convirtió en un mito. Aunque el periódico aclaró más tarde que todo se trataba de un fraude inventado por su periodista, en la comunidad mágica se abrió un debate sobre la posibilidad de que el número se pudiera llevar a cabo. Algunos profesionales encontraron incluso la fórmula de hacer realidad parte del número. Otros sencillamente dijeron que era imposible y que se trataba de una leyenda como el yeti o el monstruo del lago Ness. La soga hindú, sin embargo, sigue siendo un misterio. Como sucede con todo lo que tiene que ver con la magia, el secreto se mezcla con lo imposible. La soga hindú, a nuestros ojos, se eleva para trazar un gigante signo de interrogación en el espacio vacío. Quizás si examinan con cuidado los carteles de los antiguos magos encuentren alguna clave secreta que les permita encontrar la solución a esa pregunta. Porque, señores, la magia existe.



'Magic 1400-1950'.
Noel Daniel (editor), con la
colaboración de Mike Caveney,
Jim Steinmeyer y Ricky Jay.
Taschen. 150 €.

Los números escapistas de Houdini sembraban la duda sobre la capacidad de las instituciones para controlar a los delincuentes